Ignacio Muñoz-Delgado

LOS LEONES DE MÓSTOLES

© 2022, Ignacio Muñoz-Delgado
© 2022, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-123628-8-6
Depósito Legal: M-5057-2022

Realización gráfica: Laura Morales Balza
Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A mi madre, una gran entrenadora de hockey patines
aunque nunca estuviera en el banquillo

Capítulo 1

Se oían sus ruedas deslizándose por la pista. Curra llevaba los guantes, el *stick* y los imprescindibles patines. Conducía la bola mientras se aproximaba a la portería donde le esperaba su hijo. El niño iba equipado con todas las protecciones propias de un portero de *hockey* con patines, y lucía un original dibujo de un león en la parte trasera del casco. Sentía que ese felino gráfico le daba fuerzas.

Curra continuó patinando y levantó el *stick*.

—¡Tiro de pala! —avisó en el mismo instante en el que soltaba un cañonazo con su palo.

El pequeño portero intentó atajar la bola, pero no fue suficiente.

—No pasa nada, hijo. Lo importante es esforzarse —dijo Curra mientras recogía la bola de la portería y se disponía a continuar con el entrenamiento particular.

En pocos segundos la madre entrenadora volvió a probar… y volvió a marcar.

El entrenamiento fue interrumpido por un grupo de jugadores que entró en la pista.

—Es la hora —le indicó a Curra un entrenador que acompañaba a los jugadores.

Curra miró el reloj y comprobó que tenía razón. Le dio un poco de rabia; siempre se le hacía corto ese rato con su hijo.

—Nos tenemos que ir, Fer —indicó la madre.

Fernando hizo un gesto de pena muy similar al de su madre —por algo compartían genes— y abandonó obediente la portería patinando en dirección a la salida.

Ya fuera de la pista, ambos miraron embobados el entrenamiento. Era dinámico, rápido y… en equipo.

—¿Por qué entreno solo, mamá? —preguntó Fer con su habitual naturalidad.

Curra se quedó pensativa unos segundos. Podría decirle todo lo que a ella le habían repetido los médicos hasta la saciedad: que un niño con síndrome de Asperger es mejor que haga deporte de forma individual, que no se va a adaptar bien a las reglas de juego, que no se va a saber comunicarse con sus compañeros… El problema era que a Fer le apasionaba el *hockey* sobre patines desde que nació. Cuando apenas era un bebé, veía a los patinadores y los señalaba entusiasmado con las manos. A pesar de que era un poco torpe, se obligó a aprender a patinar. Y lo consiguió. Dado que los médicos se empeñaban en que practicara deporte de forma individual, su madre lo convenció para que se hiciera portero. Fer le hizo caso, como casi siempre. Desde entonces ambos entrenaban juntos tres veces por semana en solitarias sesiones de una hora. Nunca se había atrevido a apuntarlo a un equipo, y ya tenía diez años.

No sabía cómo responder a esa pregunta con la cabeza, así que la respondió con el corazón:

—No te preocupes Fer. Ha llegado el momen-

to de que te apuntes a un equipo y entrenes con tus compañeros —soltó, casi hablando más para sí misma que para su hijo.

Con esa inesperada promesa, ambos abandonaron la pista.

Capítulo 2

Curra y Fer se encontraban ya en casa. La madre no paraba de darle vueltas a lo que habían hablado.

Entró por la puerta Carlos, el papá de Fer. Sin muchos preámbulos, Curra le soltó la bomba:

—Creo que tendríamos que apuntar a Fer a un equipo de *hockey* sobre patines.

Carlos se quedó completamente descolocado y la miró muy extrañado.

—Lo digo en serio —insistió ella.

Carlos se acercó hasta la puerta de la cocina y la cerró para asegurarse de que su hijo no oía nada.

—Pero ¿qué dices? —protestó airado—. Primero te empeñaste en que hiciera *hockey* cuando todos los especialistas nos aconsejaban un deporte individual.

—Perdona —interrumpió Curra enfadada—, yo no me empeñé en nada. Es él el que desde siempre ha estado obsesionado con el *hockey*.

—Pues con más motivo. Hay que evitar que se obsesione con las cosas. Ahora solo habla de *hockey* a todas horas.

—Es prácticamente lo único que tiene —se defendió Curra sin disimular cierta pena.

—Pues por eso: hay que sacarlo poco a poco del *hockey*, y no meterlo más todavía.

Ella se quedó callada. Parecía muy triste.

—Que no digo que nada sea culpa tuya —aclaró Carlos en un tono conciliador—, pero la realidad es que nuestro hijo tiene síndrome de Asperger, y tenemos que tomar las decisiones con eso muy presente.

Curra se quedó pensativa. Carlos intentó reforzar su posición:

—El síndrome de Asperger sigue ahí. Recuerda que le cuesta relacionarse con otros niños. Le cuesta entender instrucciones en grupo. Le ponen nervioso los cambios. Es muy obsesivo con todo lo que le gusta...

—Me ha preguntado que por qué entrena solo —contraatacó Curra.

Carlos se quedó callado; eso no se lo esperaba.

—Pobrecillo —dijo.

—Tenemos que darle la oportunidad. Se lo merece.

—¿Y si es un desastre? —preguntó Carlos.

—Pues volverá a entrenar solo, como hasta ahora. No tenemos nada que perder.

El padre se quedó pensando un rato.

—Está bien —apuntó finalmente—. Pero me prometes que al mínimo problema con sus compañeros se sale del equipo. No quiero que lo pase mal.

Curra se acercó a su marido y le dio un gran abrazo.